

## EL MITO DE MENSTRUA. Mónica López Soler.

La gran diosa del Olimpo, Hera, andaba mosqueada por las correrías de su esposo Zeus. Éste, entre aburrido y vicioso rodeado de tantos placeres, se dedicaba a enamorar al resto de las diosas y pasar así el tiempo, concluyendo sus conquistas en fugaces arremetidas o juegos divinos que siempre tenían como resultado la llegada al mundo de un nuevo dios. Así se juntó con Metis, de cuya cabeza salió Atenea; de Temis nacieron las Horas y las Moiras; Dione engendró a Afrodita; Mnemosine dio a luz a las Musas; Leto fue madre de Artemis y de Apolo; Demeter de Perséfone, y de esta manera infinitas semillas de Zeus se esparcían por todos los úteros del Olimpo. Nada podía hacer Hera al respecto más que tragarse sus ataques de celos uno tras otro, y vivir en continuos enfrentamientos salvajes con el resto de sus congéneres sin lograr aliviar semejante ardor.

No eran suficientes aquellas tropelías para el Dios. Una brillante idea le sobrevino a la mente un día en el que se entretenía contemplando desde sus nubes, como los hombres sudaban cada pedazo de pan que se llevaban a la boca. Un grupo de campesinos labraba la tierra en las laderas del monte Argos, allá en la península del Peloponeso. Fue entonces, cuando floreció una hermosa doncella que transportaba, apoyado en su cadera, un cántaro de agua fresca para apagar la sed de sus compañeros.

Zeus la descubrió. Tan solo con el vaivén de sus pasos, quedó fieramente prendado. Observó sus andares expansivos, casi musicales, donde el movimiento acompasado de cada una de las partes de su cuerpo, la convertían en un rico jugo de frutas balanceado por las olas del mar, bajo la luz de un sol resplandeciente y cálido

que apresuraba al sediento. Decidió que estaba ya cansado de las diosas, y en un instante partió con su nuevo propósito en mente: a partir de ahora sólo buscaría hembras en la tierra, y ésta iba a ser la primera, así lo dictaba su entrepierna.

Su nombre era Menstrua. En belleza igualaba a cualquiera de las diosas olímpicas. Irradiaba fortaleza y salud, su rostro y su cuerpo presumían ser jugosos como una fruta carnososa y chorreante. Sus ojos se mostraban abiertos como el abismo, infinitos en su profundidad, brillantes en su mirada, con una expresión en el rostro de dureza vital pero llena de satisfacción, a veces demudada de manera involuntaria en deseo lujurioso, como si esa mezcla de lucha y plenitud le provocasen una excitación que se delataba en su instintivo gesto.

Zeus se enardeció de macho y bajó en su busca. Le robó el lugar al árbol que la cubría con su sombra, y allí, en su nueva piel, dejó caer una manzana junto ella.

Estaba Menstrua de rodillas, echada sobre la orilla de un riachuelo llenando de nuevo el cántaro de agua, cuando una manzana calló a su lado. Giró su cabeza y la miró curiosa, concluyó su tarea y dejó reposar el cántaro en el tronco de aquel árbol. Cogió la manzana con sus manos y la acarició, mientras Zeus se estremecía placentero. Se sentó reposando su cuerpo en el árbol y miró hacia arriba. Le provocaba una sensación extraña, algo que no acertaba a adivinar. Un manzano en la orilla del río, un manzano que le había pasado desapercibido tanto tiempo, tantas veces que había llenado aquel cántaro pesado.

No había ninguna otra manzana en el árbol, esa parecía haber sido la última, o la única. Cuando la recogió del suelo era un tesoro verde fresco, tan vivo, y al bajar la vista desde las ramas a sus manos, descubrió que su color había tornado en rojo; apetitoso manjar.

La frotó para limpiarla rutilantemente, y el dios perdió su divinidad. Se la llevó a la boca y la besó con los labios entreabiertos, agradeciendo su caída y el momento que le iba a proporcionar, de esperado y conocido deleite.

Abrió más la boca y atravesó la piel con sus dientes, clavándolos en la succulenta pulpa. Zeus se dejó llevar, sabiendo lo que vendría después, el goce de la entrega absoluta a la pasión del otro. Mientras, ella nunca sabría que alguien disfrutaba con su placer goloso.

Así mordió la fruta, que masticaba y tragaba lentamente entre suspiros. Con dulzura a veces, con pasión otras, pequeños y grandes bocados, con las manos y la boca pringosas del jugo de la manzana, que se deslizaba en forma de gota desde la comisura de los labios, cosquilleando la barbilla y el cuello, acariciando el escote y el pecho, enroscándose en el pezón antes de continuar su descenso a la meta elegida, recorriendo el abdomen y el vientre, titilando en el ombligo hasta llegar aun monte de Venus que parecía evocar un Boticelli; tan solo una gota de semen como jugo de manzana, esa rica ambrosía dispuesta por el dios para Menstrua.

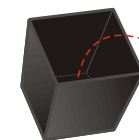
Y enredado en ese espeso bosque se adentró hasta alcanzar la ansiada orilla, un mar de lujuria donde sumergirse hasta volatilizarse. Y eso fue lo que hizo Zeus en cuanto su delectación hubo erupcionado, mientras la joven lanzaba a la corriente lo poco que había quedado colgado del rabo de la manzana.

Zeus confiaba en que Hera no sospecharía nada de su último desliz. Pero muy pronto se supo el asunto, cuando Menstrua, pocas horas después, parió una criatura, a la que puso de nombre Fetus.

La ira iba a volver loca a Hera, no podía consentir que Zeus manchase su orgullo con una simple mortal, y mucho menos que le diese

descendencia. Entonces decidió que las mortales jamás volverían a crear vida como las diosas. Castigó a la mujer condenando cada una de las semillas de su vientre a morir en un baño de sangre siempre que no culminase el contacto carnal con un varón, y a llorar de dolor por cada hijo que nunca será.

Pues eso, que me ha bajado otra vez la regla.



La Caja de la china

3